

Valentine Goby

La habitación de los niños

Traducción del francés de
Isabel González-Gallarza

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Para Jean-Claude Passerat,
Guy Poirot y Sylvie Aylmer,
niños de Ravensbrück.*

*Para Marie-Jo Chombart de Lauwe,
puericultora de la Kinderzimmer
de Ravensbrück,
incansable militante.*

CHANTECLER: Mira, ¿los oyes ahora?

LA FAISANA: ¿Quién osa?

CHANTECLER: Son los otros gallos.

LA FAISANA: Cantan al alba...

CHANTECLER: Creen en la belleza cuando pueden verla.

LA FAISANA: Cantan de día...

CHANTECLER: Yo he cantado en la oscuridad. Mi canto se elevó en la sombra el primero. De noche es cuando es hermoso creer en la luz.

EDMOND ROSTAND,
Chantecler, acto II, escena 2

Prólogo

Dice a mediados de abril de 1944 partimos hacia Alemania.

Ahí estamos. Lo anterior, la Resistencia, la detención y Fresnes, en el fondo no es más que un preludio. El silencio en el aula nace de la palabra Alemania, que anuncia el relato capital. Durante mucho tiempo ella agradeció ese silencio, ese repliegue ante su propia historia, cuando había que exhumar las imágenes y los hechos silenciados durante veinte años; ese silencio y esa inmovilidad, pues no se oía ni un susurro, esos chicos y chicas de dieciocho años no hacían ni un gesto, como si supieran que sus voces y sus cuerpos tan nuevos podían trabar la memoria. Al principio ella necesitó todo el espacio. Desde entonces, Suzanne Langlois ha hablado cincuenta, cien veces, las frases se forman sin esfuerzo, sin dolor y, casi, sin necesidad de pensar.

Dice el convoy llega cuatro días más tarde.

Las palabras salen en el orden de siempre, seguras, Suzanne está confiada. Por la ventana ve una mariposa en las ramas de un plátano; ve caer el polvo en la luz oblicua que roza las cabezas; ve agitarse la esquina de un planisferio mal pegado a la pared con cinta celo. Habla. Frase tras frase va hacia

la historia descabellada, el alumbramiento del niño en el campo de concentración, hacia esa habitación para bebés de la que su hijo volvió con vida; las historias como la suya se cuentan con los dedos de una mano. Por eso la han invitado a ese instituto, la vivencia singular en la tragedia colectiva, y, cuando más tarde pronuncie la palabra «Kinderzimmer», un silencio más denso todavía amalgamará la clase como el cemento. Por ahora acaba de bajar del tren, está en Alemania, y es de noche.

Dice caminamos hasta el campo de Ravensbrück.

Una chica levanta la mano. No es lo habitual en ese momento del relato. Una mano levantada como una señal, una piel muy pálida y, en la ceja derecha, un minúsculo arco rojo. La mano levantada desconcierta a Suzanne Langlois, el relato tropieza con la mano, una mano en su boca, y se fragmenta.

La chica pregunta si Suzanne Langlois había oído hablar de Ravensbrück en Francia, antes de marcharse.

Suzanne Langlois dice que sabía que había campos, nada más.

Y, en el tren a Alemania, ¿sabía cuál era el destino?

—No.

—Entonces, ¿cuándo comprendió que iba a Ravensbrück?

Suzanne Langlois duda, y dice no lo sé. De todos modos, no habría podido *comprender* que iba a Ravensbrück, aunque hubiera conocido ese nombre no habría evocado más que un conjunto de sonidos guturales y sordos, no habría tenido ningún sentido antes de estar allí, antes de vivirlo.

—Entonces, ¿no sabía dónde estaba?

Suzanne Langlois sonrío, vacila y: no.

Se ajusta el chal. Intenta continuar, convocar la palabra que debe surgir en ese punto del relato. Los treinta chicos y chicas de dieciocho años la miran fijamente, esperando. Y es como una astilla en la palma de la mano. Una molestia ínfima, una punta malva que pasaría inadvertida si la carne no fuera tan lisa y tan regular alrededor. Esa pregunta de la chica. Cuándo supe lo de Ravensbrück. Cuándo oí la palabra Ravensbrück por primera vez. Nadie antes le ha hecho nunca esa pregunta, ha tenido que ser esa chica de piel blanca con el aro rojo en la ceja. Busca en sus imágenes internas, más allá del planisferio mal pegado, de la mariposa y de la diagonal de luz, un cartel en la carretera que lleva al campo, un poste, un letrero o una voz que pronuncie esa palabra: Ravensbrück. Pero no hay nada escrito, en ninguna parte, nada dicho en el recuerdo. El campo es un lugar que no tiene nombre. Se acuerda de Charlotte Delbo, la poetisa. Las palabras de Charlotte para evocar Auschwitz, «un lugar anterior a la geografía», cuyo nombre no supo hasta que ya llevaba allí dos meses.

—O sea que —prosigue la chica—, ¿ese día no sabía nada? ¿No sabía entonces más de Ravensbrück que nosotros ahora?

Y, tras un silencio, la mujer contesta: sí, quizá. Suzanne Langlois se asombra de que haya tal cercanía entre una chica de último curso de bachillerato y ella de joven en el umbral del campo, apenas algo mayor que la chica. La ignorancia sería pues el lugar donde estar juntas, la chica y ella; un lugar común a ambas, a sesenta años de distancia.

En verdad la frase de antes, caminamos hasta el campo de Ravensbrück, es imposible. Caminar desde la estación y conocer el destino, eso no existió para Suzanne Langlois. Primero fue esa carretera, entre los altos abetos y las villas floridas, recorrida sin saber; y, solo más tarde, pero cuándo,

una vez el camino recorrido, el nombre de Ravensbrück. En las aulas y en otros sitios, desde hace treinta años, ha tenido que contarlo todo, en bloque, todo lo que sabe del campo, más allá de su cronología personal: lo que supieron y contaron las otras deportadas, las revelaciones del juicio de Hamburgo de 1947, las investigaciones de los historiadores, agregarlo todo, reconstituir para transmitir, para combatir la totalidad del olvido, el vacío de los archivos destruidos, y, en la urgencia de contar el acontecimiento, de rebuscar en él, de agotarlo por completo antes de la muerte, ha olvidado algo pese a todo: a ella misma, Suzanne Langlois. Quien, durante toda la deportación, durante la maternidad en el campo, ha sido una línea de frente singular, constantemente desplazada entre la ignorancia y la lucidez, cuando sin cesar la ignorancia descubría nuevos campos.

Las frases de costumbre son impronunciables. Ni «caminamos hasta el campo de Ravensbrück», en razón del nombre ignorado. Ni «nos ponen en cuarentena», pues ese Block solo tiene función a ojos de las prisioneras veteranas. Ni «a las 3:30 oigo la sirena», pues ya no tiene reloj. Resulta imposible decir «había una Kinderzimmer, una habitación de bebés»: no sabía nada de ella antes de dejar allí a su hijo. Se adueña de ella una tristeza que es un duelo. La historia acabada ya no tiene comienzo posible. Y, aunque haya imágenes seguras, la historia que se cuenta es siempre la de otro.

Por la astilla en la historia, Suzanne Langlois calla. Se va a su casa, ya volverá otro día. O no. No está decidido.

Oh, volver a Mila, que no tenía memoria. Mila, puro presente.

I

El agotamiento de Mila ante la entrada al campo. Lo que ella cree ser la entrada al campo, altos muros esbozados en la noche más allá de los haces de luz que apuntan al azar, sus párpados cerrados de golpe y las agujas que, después, perforan la vista. Alrededor, cuatrocientos cuerpos de mujeres que las linternas recortan en fragmentos fosforescentes —son cuatrocientas, lo sabe, las contaron en Romainville—; nuca, sienes, codos, cráneos, bocas y clavículas. Ladridos de hombres, de mujeres, de perros, mandíbulas, lenguas, encías, pelos, botas, porras estroboscópicas. Los destellos, las ráfagas de sonidos impiden que Mila se tambalee, la mantienen en vertical como lo haría una ráfaga de ametralladora.

Los hombros de Mila, sus vértebras, sus caderas en carne viva por la postura en el vagón para ganado, tendida de lado o de pie a la pata coja durante cuatro días. Su lengua, piedra en la boca. Una vez asomó la cabeza por el ventanuco por el que las mujeres vaciaban la orina, y bebió la lluvia.

Ahora espera delante de la barrera. Con la mano derecha sujeta con fuerza el asa de su pequeña maleta. Dentro, la foto de su hermano detenido en enero, veintidós años; la foto de su padre ante el banco de trabajo, en la calle Daguerre, entre las tijeras, los rascadores y las leznas; los restos de un

paquete de alimentos recibido en Fresnes; un jersey, unas bragas, una blusa y dos peles tejidos en la cárcel. Aprieta el asa de la maleta, el territorio conocido, 40×60 cm, la maleta y la mano de Lisette, que no es más Lisette de lo que ella es Mila, pero Maria y Suzanne era en otra vida. Lo que hay más allá no tiene nombre. Lo que hay más allá es negro sajado por fillos y focos blancos.

Supo que partía hacia Alemania. Lo supieron todas en Romainville. No las fusilarían, las iban a deportar, pocas lo lamentaban entonces salvo unas cuantas —fusilada como un hombre, oye, como un soldado, un enemigo del Reich, en el Mont Valérien—. Mila había cumplido con su deber, así decía ella, mi deber, como se le cede el asiento a una anciana en el autobús, con naturalidad y sin alardes, no tiene ningún deseo de heroísmo y, si es posible, no quiere morir. Antes Alemania que una bala en el corazón. No es una elección ni una alegría, solo un alivio. Sale en fila, bien derecha, entre las otras cuatrocientas mujeres, bajo un sol grandioso. Desde el camión sin lona hasta el tren, algunos se paran a su paso, la *Marsellesa*, el pan y las flores la llevan hasta las vías, hasta el vagón, desde dentro oye cantar a los ferroviarios, y a los alemanes furiosos pulverizar los cristales de la estación. Así pues, lo de Alemania sí que lo supo.

Alemania es Hitler, los nazis, el Reich. Allí están cautivos los prisioneros de guerra, los reclutados del Servicio de Trabajo Obligatorio y los deportados políticos; en Alemania matan a los judíos; matan a los enfermos y a los viejos con una inyección y con gas, lo sabe por Lisette, por su hermano, por la red de la Resistencia; hay campos de concentración; ella no es ni judía ni vieja, ni está enferma. Está embarazada, no sabe si eso cuenta y, si cuenta, de qué manera.